

ESMERALDA

LA PIEDRA DE MAYO

LOS alquimistas de la Edad Media se la consagraron a Marte; pero con otra suerte de conjeturas paganas Mayo se la ofrece a Apolo, el mito de la luz, de la verdad y del saber, el protector de la música y la danza, del canto y la poesía, el amigo puro de la Belleza.

«Dicen» que tiene Marte muy escaso poder en este año español; así la cita del Odín escandinavo, conocido por tantos otros remosquetes siniestros en todas las mitologías, sólo nos sirve de contraste para las facetas de la esmeralda; como el recuerdo de Nerón cuando miraba los suplicios cristianos al través de una lente esmeraldina.

Piedra ilustre y dócil, este hermoso cristal de Mayo registra efemérides muy interesantes, como la de Alvar Núñez en la Sierra Madre de Méjico, donde unos indios le regalaron cinco flechas, cada una labrada en una de estas rocas magníficas. Era allí donde los viajeros de España estuvieron muchos días alimentándose de corazones de gamo, y cuyo lugar se llamó por eso Puebla de los Corazones.

Días fabulosos aquellos. La leyenda de los tesoros de El Dorado fué divulgada por nuestros exploradores y se intentó el desagüe de cierta laguna misteriosa, guatemalteca, para buscar los caudales inmensos que debían existir en su fondo. Surge entonces otra piedra insigne en la historia de la joyería. El español Antonio Sepúlveda logra una espléndida esmeralda por valor de setenta mil duros oro, yacente en el lago crematístico, junto a muchas más riquezas.

Pero la joya de este mes sube de crédito económico por razón de sus virtudes morales; al menos en la magia inocente a que nos re-

ferimos. Según esta pueril brujería, la esmeralda es tan sensible que pierde su brillo o se rompe cuando sus dueños faltan a la castidad; es tan generosa, que cura el mordisco de las víboras —no sabemos si de las humanas también— y no pocas dolencias personales. . .

Y no añadiremos un renglón más antes de advertir que esta «vaga» y simple literatura puesta al servicio de los lectores que quieran «pasar el rato» en su periódico sin trascendencia política ni saber de espantos y guerras, estas notas libres de toda presunción científica, no son indicio ninguno de una íntima fe en cábalas ni en presagios; ni siquiera de una recóndita inclinación al estudio de la cosmografía o el arte adivinatorio.

No, señores. Sabemos, con el catecismo elemental de la doctrina cristiana, que «no se debe creer en agüeros o cosas supersticiosas». Por lecciones de ética literaria sabemos también, con Dante, cómo un «cuarto foso» abismal encierra a los impostores que inculcan bajo apariencia de verdades las teorías de oráculos y hechizos. Y aún recordamos, con respeto, que una tradición bíblica atribuye a los ángeles rebeldes la enseñanza en la Tierra de los artilugios vaticinadores y sus prácticas oscuras.

Estamos, pues, dentro de la más severa ortodoxia cristiana. Pero nos divierte mucho más el lejano y brillante mentir de las estrellas que el negro y burdo mentir de los hombres. . . ; tan próximo! Y nos gusta, a veces, hundir la pluma en el oro estelar, tinto de azul, y recoger en unas crónicas de entretenimiento cualquier tema falible y gracioso de esas leyes astrales, hincadas en lo que todavía llaman algunos «la más remota antigüedad».

Puesto a salvo contra una acusación alevosa de paganismo, no sería inoportuno recordar que, según los más sagaces creadores de ídolos, somos nietos del caos —padre de Urano, que fué el marido de la Tierra—. Y nada hay de inverosímil en lo caótico de nuestra pobre vida terrenal, dentro de tan adustas suposiciones.

Con un poco de humorismo y buena intención este precedente, en extremo cavernícola, es un apoyo a lo más arbitrario de nuestras glosas, que nos permite vestir un traje de milenios «para andar por

casa» y asomarnos al horizonte infinito del griego Kronos, desde el corazón de este mes floreal.

* * *

Se abrió la Segunda Casa del Cielo bajo el signo de Tauro, con vaticinio de opulencia y buena fortuna para los que nacen a su influjo.

Ateniéndonos a una investigación nada menos que caldea, mantenida hasta un cercano ayer, Tauro descansa en nuestros hombros, ejerce influencias en nuestro sistema glandular y produce a su sombra unas gentes felices y recias, aunque nada elegantes: cuello corto, movimientos duros, humanidad práctica, económica, diligente y resoluta.

Los adivinadores de nuevo cuño nos predicen para este mes un invento extraordinario y gran ocasión para negocios financieros.

Si la invención aludiese a un magno recurso pacifista, sería menester un repique de gloria para celebrar el hallazgo.

Y este último comentario se nos impone, dolorosamente, sobre las referencias a un alegre mayo, el conmemorativo mes que de un modo especial en el Norte de Europa, celebra el resurgir de la vida, gozo público, denominado, también, «la expulsión de la Muerte», que consiste en representaciones escénicas al aire libre, con final exterminio de un zarandeado pelele, personificación de lo viejo.

Para congraciarse con los espíritus propicios a la vegetación, los labrantines de todo el mundo y de todos los tiempos hacen en este mes oblacones, sacrificios y jubileos seculares, en cuya alegoría hay, casi siempre, arbolillos tiernos, ramas de flores, coplas alusivas, un maniquí destinado al fuego y una bella muchacha o «Rosita de Mayo», emblema precioso de la fecundidad.

Así mencionaríamos, si en la limitación de esta crónica fuera posible, costumbres de muchos pueblos distintos y lejanos, donde perdura la índole pagana de tales holgorios. Por lo que al español toca, se reducen estas celebraciones a productos religiosos y líricos: la Cruz de Mayo, exaltada y exhibida popularmente con la intan-

gible devoción del país, y la ronda de novios por las ventanas de las niñas casaderas, miles de mujeres de hoy que por ninguna sugestión interrumpen en España aquel romance cantarín del estribillo: «Con flores a María, que Madre nuestra es...»

* * *

Esmeralda rica del Egipto, de Colombia, del Perú, del Ural; piedra de Mayo, corona de Apolo, déjanos tu enamorado color para vestir de lujosa Esperanza todos los campos florecidos de la Tierra.

CONCHA ESPINA